

Instinto femenino de vida

**JOSÉ LUIS
LANASPA**

En esta distraída sociedad de consumo, rebajas y droga televisiva (entre otras drogas), surgen barrios marginales de inmigrantes sin papeles mientras se discute de multiculturas; los jóvenes del “botellón”, aparte de molestar al vecindario, no se sabe lo que quieren, y es raro el día que no es noticia una mujer llena de moratones o muerta a manos de un hombre que es o fue su marido o compañero —se dice— sentimental. Algo de este complejo mundo, aparte de salir en las secciones de sucesos de los medios de comunicación, sube también a los escenarios como reflejo de la realidad en la que estamos. Y curiosamente, detrás de esa realidad aparece la mujer con un instinto de vida que viene de lejos y se acrecienta día a día a pesar de su cosificación en la prensa rosa y en ciertos programas televisivos. Tres obras teatrales, al menos, ponen ahora de manifiesto esa presencia femenina: *La mujer invisible*, *Defensa de dama* y *La dama boba*: desde el siglo XVII al XXI.

La mujer invisible

TEATRO

Es el caso de la protagonista de esta obra, una mujer culta que escapa de su país del África subsahariana, en donde los soldados asesinaron a su familia y a ella la violaron. Pero en Europa (no se precisa país porque puede ocurrir en cualquiera del viejo continente), esta inmigrante negra se enfrenta a una amarga y absurda realidad en su lucha por legalizar su situación, es decir, conseguir “los papeles”. Una

mujer que administrativamente acaba siendo invisible, porque el entorno suele mirar a otro lado o mete en el mismo saco sospechoso a todo lo que viene de fuera. Busca ayuda, cuenta su historia, pero no es creída y sí humillada por algún guardián sin conciencia o desorientada en ineficaces organizaciones.

Ella, una sola mujer en las tablas, además de expresar su desesperada existencia, interpreta a los diferentes personajes que la han maltratado, la rechazan y la empujan a la destrucción. Trabajo singular de la autora, la británica Kay Adshead, en versión española de Carla Tatteini, y de la intérprete, Rita Siriaka, que siente emocionada su papel y con su acento brasileño añade veracidad a lo que dice, a ratos, con sarcasmo. La mujer invisible es el arte, al verdadero arte, que ayuda a reflexionar. Es la proyección intelectual, tan necesaria, a la hora de afrontar los problemas de la convivencia. Es el pensamiento necesario para vivir con verdades y desterrar las mentiras.

Basta, por ejemplo, una breve escena del final de la obra para percibir la pintura negra y real de la prostitución y su clientela oculta, de la que son víctimas no pocas de estas mujeres empujadas a esa última degradación. Una degradación (destrucción de mujeres) ante la que se mira al otro lado, se despacha con una broma o con lo del “viejo oficio” o, lo que es peor, los miles de

millones que se mueven en “inocentes” anuncios de “servicios de relax” publicados por medios sin distinción ideológica.

La mujer invisible es una cara del complejo fenómeno de la inmigración derivado de un “tercer mundo” de miseria. Otra de las caras es la que afecta, sobre todo, a barrios modestos en donde se hacen los inmigrantes ilegales y se crean guetos conflictivos e inseguridad. Es un problema en el que todos estamos implicados, aunque, en primer lugar, los gobernantes, y que habría que afrontar sin demagogias partidistas.

Defensa de dama

No sé si los autores de esta obra, Isabel Carmona y Joaquín Hinojosa, han querido hacer o les ha salido sin quererlo un producto a la americana, bien medido y estudiado y con una actriz tan popular como Ana Belén, para atraer a un gran público. Sería lícito. Pero, en cualquier caso, con la dirección de José Luis Gómez, consiguen estremecer a los espectadores mostrando un interior familiar de violencia y tragedia que, por otra parte, los medios de comunicación nos confirman casi a diario que son hechos reales.

En este caso, falla el cerco mortal a la dama. Es ella la que mata. Quizás es la única ficción de la obra. Por lo general, son ellas las que mueren. Pero las muertes son

la punta del iceberg. Debajo y antes, están los malos tratos sufridos en silencio: los abusos y las humillaciones sexuales, las palizas, el horror..., comportamientos enraizados en el vacío o en la hipocresía de muchas familias y en el ambiente social de estupidez y basura que llega, en primer lugar, por la televisión y a través de otros espectáculos y lecturas.

Tras una exhaustiva documentación, dicen los autores que han construido la historia de María, “que en el microcosmos de

su cocina vive, con la llegada de su marido Ulises, su personal odisea, cuyo parecido con la realidad no será mera coincidencia. Tampoco la crudeza con la que exponemos algunas escenas, por insoportable que parezca, nos resulta excesiva: hemos conocido casos, muchos, en los que la realidad del terror cotidiano supera a nuestra ficción”.

Creo que los autores tienen razón. Y decía que la única ficción de la obra es, a mi juicio, que la víctima logra salir del infierno, cuando lo cierto es que los infiernos son infiernos incluido el que dicen que hay en el otro mundo, precisamente porque no se puede salir de ellos. Una representación teatral que conviene que vean los jóvenes, sobre todo, las chicas.

Curiosamente, coincide esta obra con unas recientes declaraciones de Susana Tamaro, que acaba de publicar una novela sobre la violencia doméstica, en las que afirma que la familia es el lugar donde nacen todos los males de nuestra sociedad (incluso la locura de los terroristas). En cualquier caso, habría que convenir con la autora italiana que la familia es el barbecho de la vida humana en donde suele germinar lo malo, lo bueno y lo regular que nos rodea.

Y La dama boba

El teatro se llena a diario para ver a un Lope de Vega que nos

cuenta un lejano tiempo en relación con la mujer que todavía, con otras apariencias, sigue siendo nuestro tiempo. La estrategia de Finea, la protagonista, es seguir siendo niña o boba para defenderse de un padre autoritario y poco razonable y de un novio, por intereses económicos que le impiden a ella reconocerse como ser humano pleno. Ahora son otras las apariencias. Pero los padres, con otro talante que aquéllos, suelen ser también poco razonables. Y detrás de lenguajes y tacos, antes sólo masculinos, muchas chicas siguen jugando un papel secundario, sobre todo, en el trabajo y en sus relaciones sentimentales. El que sólo cambien las apariencias sigue siendo un mal para todos.

En La Dama Boba hay lugar para pensar y para reír y para atender un singular idioma que llama la atención, “tía”. Acertados la versión de Juan Mayorga y el montaje de Helena Pimenta, que reivindican la contemporaneidad de Lope de Vega, tanto en la forma de contar como en la reflexión acerca de la pugna de la mujer en la sociedad de su época. Subsistir con dignidad. Algo que nunca ha sido fácil ni para mujeres ni para hombres. Acomodarse al tiempo con discreción y sin perder esa dignidad es lo que consigue esta encantadora dama boba, que además hace reír a los espectadores. En las tres obras comentadas: instinto femenino de vida.